

Una campaña de insultos

No sólo Quintilliano, también Catón, esbozando la imagen del político, le exigía la hombría de bien acuñada en el «vir bonus». Un cronista parlamentario de las Cortes republicanas españolas, cuando sus señorías abandonaban la etiqueta de la dialéctica de las palabras para llegar al enfrentamiento de las bofetadas físicas escribió una gráfica aleluya: «Del vir bonus de Catón, al discurso de morrón». Se crispó entonces el Parlamento. Y se crispó el pueblo. Ahora, en plena campaña electoral, asistimos con inquietud a un «calentamiento» no grato, de agresiones verbales, de navajazos, impropios de hombres públicos que andan recaudando el voto para instrumentar la gobernación del país.

Sin elegancia y sin estilo ético estamos viendo brillar las navajas aceradas, hirientes, que además utilizan el vehículo transmisor del Periodismo en un juego deplorable de andanadas orales. Sería comprensible la estrategia, legítima, de denunciar y criticar los unos las ofertas programáticas de los otros; pero resulta lamentable y desedificante que tanta agresividad, más que contra las ofertas rivales, se descargue contra los oferentes adversarios.

¿Imaginan los candidatos que estas «calenturas» de campaña por endurecimiento en la agresión pueden relanzar su imagen hacia el electorado? El pueblo espectador es muchísimo más cuerdo, y lo será a la hora de administrar su único capital democrático: su «tesoro» del voto.

Estos últimos días... Arzallus increpa a Múgica: «Tenemos que hablar de la LOAPA y del general Armada... porque ahí estuvieron los socialistas metidos hasta el cuevo.» Y Múgica replica: «¡Arzallus es un chorizo!» Fraga llama «frívolo y oportunista» a Suárez. Y Suárez, en recurso al pasado, contesta: «No me ha perdonado que yo fuese presidente del Gobierno.» El ministro de Hacienda, García Añoveros, arremete contra Fraga: «Si gana, empezarán a prepararse las condiciones del golpe.» Inmediatamente, Fraga: «Quien dice eso es un cretino... o habla de mala fe.» Carrillo afila su daga contra Felipe González: «Felipe pasará, yo pasaré... pero los trabajadores comunistas y socialistas tendrán que entenderse...», todo ello salpicado de arañazos y epítetos contra el líder socialista «que pretende aislarme y dejarme sin grupo parlamentario». Felipe se harta y suelta: «Carrillo es un pequeño saco lleno de

maldades... Está traicionando al socialismo, como hace más de cuarenta años traicionó a su padre. Así que con su crítica me honra, ¿está claro?»

Fraga parece el acerico de todos los alfilerazos. «Psiquiatra de golpistas» le llama Alfonso Guerra, después de haber comentado con sorna «el debate de los líderes con Felipe tendría que ser televisado...; ¡no hay que privar al pueblo del placer de ver la cara de Leopoldo!». Felipe, a su vez, se congratula de que «Fraga intente meter en la Constitución a todos los «ultras» franquistas...; pero lo que hace falta es que se meta él también, porque siempre está en el filo de la navaja diciendo que hay que reformar la Constitución». Fraga responde con un displicente, pero dolido: «Felipe es infantil... y vive en el terreno de la utopía, sin perspectiva histórica.»

Más moderado en sus dardos, Adolfo Suárez encajó en silencio las críticas públicas de otros candidatos a sus «chapucerías y debilidades de Gobierno». Pero anteayer, en Zaragoza, abrió la espita del desahago: «Fraga tiene tantas cosas en la cabeza que no le cabe el sentido común.» Y, o me falla la memoria, o ese insulto no es siquiera original de Suárez: Alfonso Guerra lo inventó ya hace algún tiempo. Le preguntan al duque si le preocupa que Calvo-Sotelo entre en la campaña para reforzar a UCD: «A mí no... al que tendría que preocuparle es a Landelino.» En simultáneo, Fraga ataca a UCD: «Está destrozada. Ya no es un partido: son seis... Dos de sus presidentes (Suárez y Sahagún) se han marchado a otro partido... Ahora han tenido que retirar a Calvo-Sotelo y sustituirlo por Lavilla...»

Felipe González, en Orense, aludiendo a Pío Cabanillas, como «político incombustible» y «ministro permanente», llega a decir: «No sé yo si, cuando gobernemos los socialistas, podremos librarnos de tener a Pío Cabanillas en el Gobierno...» Blas Piñar tampoco queda a la zaga en el juego de las puyas. En Madrid, y refiriéndose a Fraga, decía: «Cuando era embajador en Londres comía con Tierno Galván. Luego le dio el pasaporte español a Carrillo. Así que... ¡no venga ahora diciendo que el socialismo es malo!» Fraga califica a Herri Batasuna, en su conjunto, como «mala gente... mala tropa», y Arzallus iba aún más allá: «HB es un hijo rebelde, un hijo torcido... el radicalismo nunca traerá soluciones.» Y de Euskadiko Ezkerra: «cada vez es más Ezkerra y menos Euskadi...». En réplica a las constantes inectivas de Fraga sobre su «inmadurez política», Felipe González llegó a decir: «Si nosotros no estamos maduros, ellos están podridos.»

Y rompo aquí el memorial de agravios mutuos, que oxida, entenebrece, crispa y empujeña esta contienda electoral. Landelino Lavilla, hasta hoy al menos, ha permanecido al margen de esa fangosa dialéctica. También Fraga quiso «no caer en esa trampa de contestar a quienes me provocan y tratan de violentarme...», pero le pudo el temperamento y se arremangó para repartir leña caliente. —Pilar URBANO.